

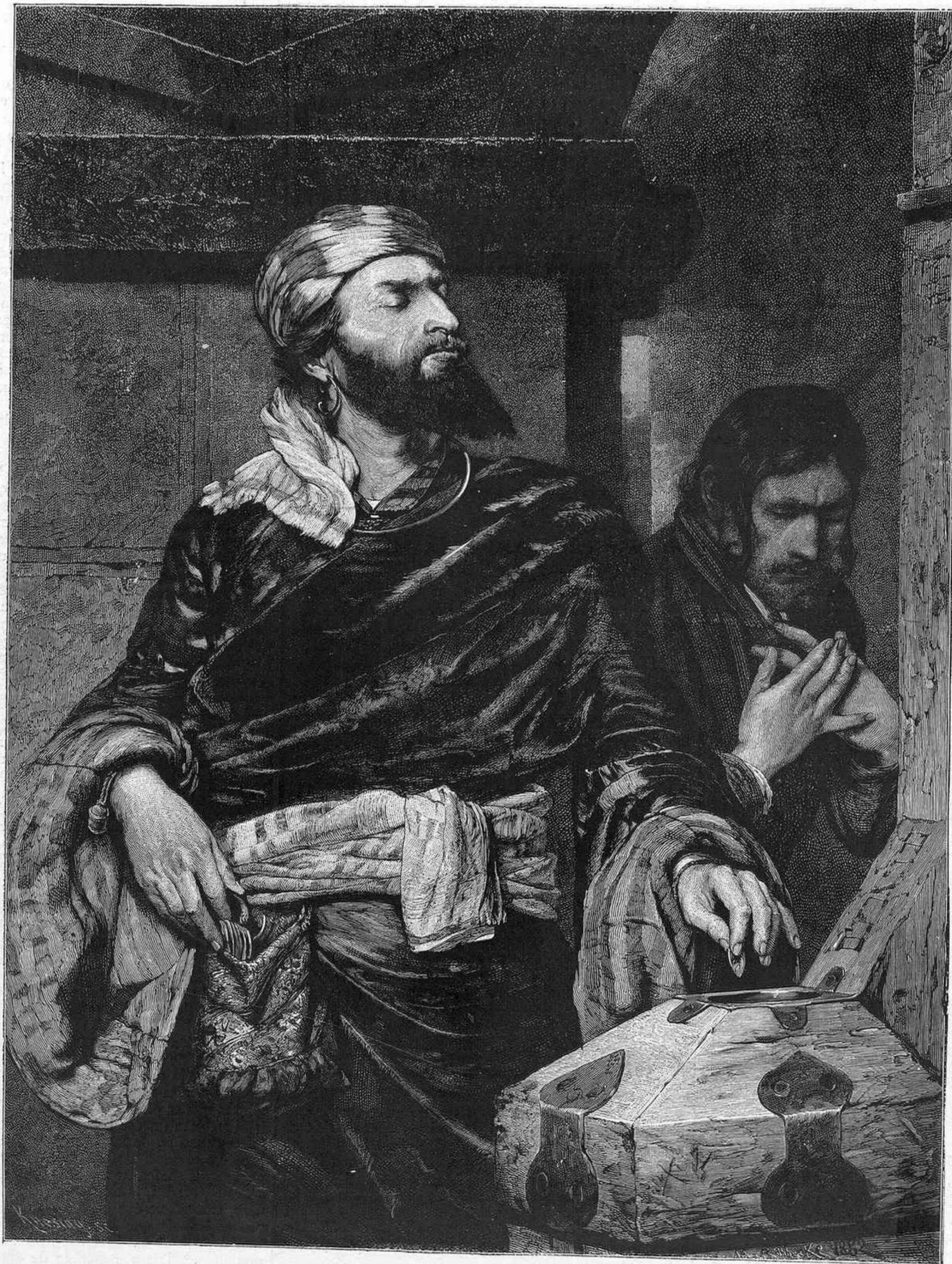


AÑO III

← BARCELONA 28 DE ABRIL DE 1884 →

NUM. 122

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FARISEO Y PUBLICANO, copia del celebrado cuadro de Robbeke

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—¡BUÑUELOS! por don Benito Más y Prat.—LAS SIETE ESTACIONES, por don Eduardo Lopez Bago.—EL CORAZON DE FORMOSEDA (Continuación), por don J. Ortega Munilla.—LOS VIEJOS (III y último), por don E. Benot.

GRABADOS.—FARISEO Y PUBLICANO, cuadro por Robbeke.—UN MÁSCARA, dibujo por Vierge.—PLENILUNIO, dibujo por Llovera.—EL CORAZON DE UN REY, grupo escultórico por Ximenes.—EN EL COSTURERO.—CONVERSACION ÍNTIMA, por F. Garbino

NUESTROS GRABADOS

FARISEO Y PUBLICANO, cuadro por Robbeke

Para comprender el mérito de esta preciosa composición basta tener presente las circunstancias que, según el título, concurren en el personaje principal. Fariseo vale tanto como decir hipócrita; publicano equivale a orgulloso, opulento y opresor. Constituirían los fariseos una de las más preponderantes sectas judías, hasta que Jesús predicó contra sus prácticas religiosas en las cuales dominaba más la ostentación que la devoción, y hasta contra sus costumbres privadas, bien poco conformes con las apariencias de virtud que querían darse. No menos dignos de crítica, y aún más generalmente odiados, eran los publicanos o asentistas de las contribuciones que, especialmente en las provincias, levantaban grandes fortunas a expensas de los esquilimados ciudadanos.

De los publicanos, y de los fariseos especialmente, dicen las Escrituras que hacían limosna anunciándola a son de trompetas; y con tales antecedentes dígame si el tipo de Robbeke puede ser más ajustado a verdad. El traje de ese hombre mentidamente caritativo es de por sí fastuoso; de su bolsa repleta saca una moneda que deposita en la caja de los pobres; pero en su actitud, y sobre todo en la petulante expresión de su rostro, se echan de ver los bajos móviles que impulsan su conducta. Para él se pronunciaron sin duda aquellas palabras de que era más difícil la salvación de un rico sin corazón que el paso de un camello por el ojo de una aguja.

Como figura de estudio, el *fariseo y publicano* de nuestro cuadro es una obra verdaderamente comprendida y magistralmente ejecutada.

UN MÁSCARA, dibujo por Vierge

Nuestro paisano, el Sr. Urrabieta, tan conocido en París bajo el nombre de *Vierge*, sufrió hace mucho tiempo una terrible enfermedad, que le ha tenido imposibilitado de dedicarse a sus habituales trabajos artísticos. Sin embargo, como el buen soldado pide su alta en el Hospital de sangre apenas se siente apto para empuñar el fusil; *Vierge*, no bien ha podido utilizar su mano izquierda, a falta de otra mejor, se ha apresurado a dar fe de vida en las páginas de su periódico predilecto, *El mundo ilustrado*.

El dibujo que de esa publicación reproducimos, fué empezado antes de enfermar el Sr. Urrabieta, y terminado recientemente. Es la reaparición de un artista querido del público, que se promete nuevas muestras del fecundo lápiz del dibujante español. La que hoy ofrecemos a nuestros favorecedores demuestra que el autor, al cabo de tanto tiempo de infecundidad forzosa, puede imitar al venerable maestro de Leon en su célebre frase:—Decíamnos ayer...

Reciba nuestro compatriota el parabien más sincero y ¡ojalá tengamos próximas y frecuentes ocasiones de hacer interesantes nuestras páginas con sus bien acabados dibujos!

PLENILUNIO, dibujo por Llovera

Las fases de la luna y los accidentes de la vida de una mujer bonita tienen una analogía perfecta. Tras el cuarto creciente en que empieza a atraer la curiosidad por los indicios de una belleza en embrión, viene el plenilunio, la hermosura en todo su desarrollo, un fulgor que todo lo eclipsa, una autoridad caprichosa que todo lo subyuga, un astro sin rival, objeto de todos los deseos, blanco de todas las miradas, divinidad de todos los cultos, autócrata de todos los cortesanos. En el plenilunio de la estrella-mujer, un capricho equivale a una orden, una sonrisa vale un mundo, un favor vale un cielo.

Llovera ha dibujado ese plenilunio femenino, representado por una joven hermosa, no de la hermosura vulgar que resulta de la combinación de líneas estéticamente correctas, sino de esa hermosura ideal, poética, dulce, tal como la vió Rafael, tal como la soñó Dante; la hermosura de Margarita antes del pecado, de Julieta antes de enamorarse a Romeo.

Pero a la luna llena sucede el cuarto menguante y aún después del cuarto menguante sobreviene la desaparición del astro. Es la ley inevitable de la naturaleza: todo lo viejo ha sido joven; el viento arrebató las hojas secas de las flores que una reina prendió en su cabellera. La hermosa joven de Llovera será madre, será abuela... ¿Quién reconocerá entonces a la sultana del *Retiro* en la arrugada devota de las *Calatravas*!...

EL CORAZON DE UN REY, grupo por Ximenes

Era, con efecto, un gran corazón el del rey de Italia Víctor Manuel I... Representante de un pensamiento colosal como lo era la unidad de la fraccionada patria, al frente de una de las naciones grandes potencias de Europa, llevaba con noble fiera la corona que su pueblo y la suerte de las armas le habían ceñido; pero nada le era tan grato como despojarse de la exterior majestad real para confundirse, en costumbres y tratos, con sus más humildes súbditos. Intrépido y apasionado cazador, frecuentemente

se echaba la escopeta al hombro y, seguido de un perrazo tan fiel como inteligente, como el más sencillo burgués batía los llanos y las montañas, sin más protección que la de Dios, ni más garantía que la confianza que le inspiraban su valor y el cariño de los italianos. Cualquiera que sea el juicio que Víctor Manuel como rey merezca a la historia, como hombre privado será siempre una figura simpática por su bondad y llaneza.

Sus solitarias excursiones fueron causa de muchas aventuras que se popularizaron prontamente. El escultor Ximenes ha representado con una sencillez llena de buen gusto, el hecho ocurrido a Víctor Manuel en una de esas expediciones. Un pobre niño se ha lastimado: la casualidad le ha deparado un amigo que le consuela, y el pobre rapaz no sospecha por cierto que su cariñoso protector sea nada menos que el rey de Italia, a quien el muchacho se figuraría sin duda con un continente y vestidura parecida a la de los Magos de los Belenes.

La obra causa una impresión simpática y en el semblante del protagonista se echa de ver, a pesar de su negativa belleza estética, la más preciosa valía de la belleza del corazón.

EN EL COSTURERO

Si la fotografía instantánea hubiera sido un hecho cuando fué dibujada esta composición, cabía dudar si su original fué debido a ese procedimiento. ¡Tan realmente está en él reproducida la naturaleza felina, en uno de sus actos de más confiado abandono!... Mucho ha producido el arte en el género de costumbres de los animales: Giacomelli y Lengo han dibujado de ellas verdaderos capítulos de un poema.

Nuestro grabado es una escena de comedia, pero los caracteres de sus personajes son dignos de los perfiles de Breton y de Narciso Serra.

CONVERSACION ÍNTIMA, por F. Garbino

Esta composición, tan sencilla como es, reúne cuantas condiciones hacen admisible un cuadro de género. La *hembra*, que tal debe llamarse a la dama del cuadro, por la expresión de su semblante y por su seductora actitud, se presta a la intimidad de ese varón, cuyo rostro y mirada tienen más malicia que una nota del canciller prusiano.

Admitido el principio de que las obras de arte no se venden por metros nuestro grabado es un delicioso *bijou* que puede figurar dignamente en el *ecrin* más escogido.

¡BUÑUELOS!

(Recuerdos de la Feria de Sevilla)

Siéndonos ya familiar el panorama de la celebrada feria de Sevilla, podemos entretenernos en investigar sus gustos particularidades (1).

No es oro todo lo que reluce, y en verdad que las vistosas casillas, adornadas de flores y espejos, y ocupadas por sonoros pianos, donde resuenan las melodías de Schubert y las graciosas peteneras andaluzas, no pueden dar nunca la característica de la solemnidad que tanto encanta al turista curioso.

Si sólo hubiéramos de cruzar esas calles interminables, donde colocan sus nidos palomas nobles, más bellas que las que figuran en los cuadros de Horacio Lengo; si sólo tuviéramos que parar mientes en la maja aristocrática que lleva un tesoro en la cabeza; si única y exclusivamente nos detuviéramos a contemplar cómo se contraen los músculos bajo la media de seda y se dilata el menudo pié preso en la zapatilla de raso, seguramente que no podríamos ofrecer, como es debido, el cuadro que, más de una vez, habrán admirado nuestros lectores, ya en las páginas de LA ILUSTRACION, ya en otras páginas más o menos ilustradas y amenas.

Bellas son esas fiestas de buen tono en las que, a la deslumbradora suavidad del raso y de la seda, se unen otras vislumbres y otras suavidades; dignas de estudiarse, y de tenerse en cuenta, son también esas escenas del mundo elegante que en las casillas de la Feria surgen a la vista del curioso como fotografías de espectróscopo; pero hay otras escenas y otros cuadros que tienen relativa importancia y que por contraste las completan.

Las escenas a que me refiero no están, como las otras, tan al paso del observador que se le entren sin esfuerzo por los ojos, y si hay algo de ellas que suele exteriorizarse, lo íntimo, lo propio, hay que buscarlo bajo los blancos cortinajes de las buñolerías ó en el estrecho recinto de las tiendas de menudo y caracoles.

Dejemos pues a un lado la clásica barraca de los Polichinelas, que recuerdan el primer esbozo de diálogo dramático, y pasemos sin entrar por los teatros mecánicos en cuyas andamiadas distingo al embadurnado Pierrot, que golpea el bombo desafortadamente y mira con cínica procacidad por encima del justillo de la pobre titiritera que tiembla de frío ó de vergüenza. No hagamos caso de esas galerías de figuras de cera en que están en amigable consorcio Lucrecia Borgia y la casta Susana, Antonelli y el héroe de Gaeta; suprimamos también la visita a la Rifa del Asilo, en cuya tienda dilatada mueven los manubrios de las tómbolas, pequeñas y aristocráticas manos; y demos, en fin, un salto mortal, llegando cerca de los caballitos de madera, que, al són del pifano y del tamboril, giran y giran sin descanso.

Ya estamos en nuestro campo de operaciones.

(1) Véase el año 1883 de LA ILUSTRACION ARTISTICA.

Frente al semicírculo de los *tiros vivos* ó caballitos expresados, se abre una larga calle formada por barracas pequeñas y desiguales, y amplias tiendas de campaña con letreos, colgaduras y banderolas.

Son las buñolerías y las tiendas en donde la cocina popular andaluza sazona los platos clásicos de feria; el menudo y los caracoles.

El cuadro no puede ser más pictórico y extraño. A un lado se escalonan los referidos tenduchos, con sus toneles formando pirámides ó cubiertos por adosamientos de tablas en las que se ven pintados racimos de uvas, ramos de flores y panzudos Bacos; al otro, se suceden, de trecho en trecho, las chozas forradas de tela blanca, cuya cubierta en forma de tijera coronan gallardetes innumerables de color rojo y gualda. Delante de cada una de aquellas estancias, que parecen gemelas, se levanta un ara; es decir, un anafe cuyas llamas lamen el asiento tiznado de una gran sarten, donde hierve el aceite produciendo un agradable y delicioso chirrido.

Al ver aquellas tiendas, aquellos adornos, aquellas piras; y aquellas mujeres, de pié, engalanadas *gentilmente* y dispuestas, al parecer, a guardar el fuego sagrado... de sus anafes, no habrá faltado inglés que tome las buñolerías por templos gentílicos y a las gitanas buñoleras por sacerdotisas de Vesta.

Pero el caso es que, esto, no pasa de ser una ilusión como la de los carneros ó la de los molinos de viento del Ingenioso Hidalgo, y que las tiendas son tiendas, las sartenes sartenes, y las gitanas gitanas que se buscan honradamente la vida ofreciendo sus buñuelos al transeunte.

Ahí las tiendas, vestidas con los *trapitos de cristianar*, aseadas y limpias como una patena, con el abundante moño anudado y la peineta de concha colocada graciosamente; haciendo gala de su almidonada falda y de sus pañuelos de Manila, que arrollan sobre el pecho de modo que dejan ver dos maravillas esculturales: el brazo y el cuello. La sonrisa más provocativa é intencionada vaga por sus labios, tras los que se guarece un ejército completo de menudos y blancos dientes; sus talles flexibles y sus redondas caderas explican el secreto del baile flamenco, todo balanceo y voluptuosidad. Si después de fijar sus ojos en vuestros ojos, bajan los párpados para miraros al bolsillo, sois hombres muertos: los ojos suelen ser *basiliscos* en las gitanas.

Una de las distracciones favoritas de los ingleses, es la de pasear de un extremo a otro de la calle de las buñolerías, cruzados de brazos y con la proverbial impavidez de los de su raza. Las buñoleras se *despachan con ellos a su gusto*, diciéndoles cuanto se les viene a la boca y gozándose en contemplar aquellos rostros inalterables como el del Convidado de Piedra.

—¡Mia, inglés!—exclama una flamenca de labios húmedos y torneado mollero;—¿quies probá un *guñuelo* que te ha de sabé a gloria?

—¡Mister,—añade la de al lado con los brazos puestos en jarra—tengo unos *guñuelos* pá tí, que te vas a chupá los deos de gusto!

El inglés saca y mete alternativamente las manos en su largo leviton, cálase los quevedos para no perder un solo contorno de aquellas formas, ni un solo pliegue de aquel traje, y exclama riéndose con toda la boca:

—¡Mi, no querer *guñuelos*; mi querer mijarte, guitana!

—¡Largo, mala sombra!... replica la flamenca volviéndole la espalda y brindando su mercancía a alguna pareja que pasa.

Estas escenas se repiten, de manera más picante aunque menos cómica y acentuada, con los innumerables transeuntes que desfilan ante aquellos anafes que tienen algo de hoguera de aquelarre.

—¡Ven acá, jermoso!—dicen a un viejo verde que acompaña a dos niñas como dos rosas—tengo buñuelos más chicos que la boca de ese pimpollo y más tiernos que su corasoncito; ¿los quieres?...

El viejo mira a la graciosa flamenca y, consultando intuitivamente su bolsillo, quiere esconder el rostro y meterse bajo siete estados de tierra; pero la buñolera, que *conoce el paño*, le busca la cara, como suele decirse, y le *larga* esta filípica a quemarropa:

—¡Mia er carcamal, que le dan a Dios con un soplló y va jaciéndose presona!...

Suele ocurrir que pase un *mozo crío* de los de sombrero de queso y cadena con dijes de tres libras de plata, al que avanza la buñolera por no perder la costumbre.

—¡Vaya, a que no has probao mis buñuelos?... le dice procurando flecharle con la mirada.

Pero el mozo, que también lo entiende, porque ha nacido en la tierra de María Santísima, le responde prontamente:

—¿Y quién te ha dicho a tí, mala adelfa, que yo comulgo con ruedas de molino?

A lo que la gitana replica sin dejarle acabar la frase:

—¡Qué más quisieas tú, sino que yo juese pileta, pa sabé lo que es el agua bendita!...

Si hubiese de dar cuenta de los dichos agudos, de las frases *de gracia*, de los retruécanos y tiroteos a que dan lugar las *enganchadoras* ó mozas que se sitúan cabe los respectivos anafes, no acabaría nunca. La señora grave, la altiva aristócrata, la elegante polluela, el dandy y el macareno, son solicitados simultáneamente por las buñoleras con objeto de que levanten la cortinilla de la tienda y tomen plaza en las tendidas mesas donde luce el plato pintado de Triana, henchido de doradas pirámides del producto aceitoso. Claro es que, más de uno y más de diez acceden, de grado ó por fuerza a traspasar el umbral del templo de Vesta y se inician al cabo en sus misterios.

Levantemos, también nosotros, la cortina y penetremos en el santuario.

Las buñolerías son, como hemos dicho, espaciosas tiendas de campaña de cuyas ligeras armazones penden, á veces, las mudas de ropa blanca de su dueña, lavadas, planchadas y convertidas en graciosos cortinajes mediante una sencilla combinacion de costuras. Acá y acullá, se ven algunos pedazos de percal encarnado y amarillo, que visten los puntales ó estribos de la choza dividiéndola en dos departamentos ó mitades: algun que otro espejo, de marco dorado, se columpia en las paredes de lienzo de aquel albergue, reflejando en sus lunas los rostros de *sacrificados y sacrificadores*.

Si desde la puerta sólo vemos un confuso monton de bustos que sobresalen tras las largas mesas; rostros y brazos que se cruzan ó se entretajan al tomar las cañas y los buñuelos; manchas vivas de color producidas por los pañuelos de seda, las chaquetillas andaluzas y las fajas de grana; al entrar, el cuadro se aclara, las figuras y los escorzos van tomando su verdadera posicion, los detalles se aislan y penetran por la retina con todas sus exquisitas nimiedades.

En primer término, una morena gruesa, de ojos vivos y penetrantes, come desafortadamente acompañada de tres jóvenes rubias, que no se quedan atrás en desocupar el plato, á pesar de ser delgadas y espirituales como flores de estufa: un caballero apuesto, á quien codea la rubia más próxima, se come con los ojos, no los buñuelos, sino los menudos dedos de la morena cuyas rosadas uñas ha puesto el aceite más brillantes que las puso la naturaleza. La morena mira al joven, la rubia pierde el bocado por tirar al dandy un soberbio pellizco, rie la rubia número dos, se atufa el mozo, frunce las cejas la susodicha y, en tanto, el gitano que trae la otra libra de masa frita, se acerca á la mesa preguntando:

—¿No toma otro buñuelo el señorito?...

Un detalle. Dos saboyanitos harapientos, que tocan el arpa y el violín á la puerta de la buñolería, cantan en español chapurrado lo siguiente:

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general;
Pero, las rubias,
pero, las rubias,
pero, las rubias
me gustan más!...

Los que ocupan la mesa próxima son gente de rompe y rasga: ya hemos dicho que las buñolerías recuerdan las agapas del siglo primero, que daban plato y mesa lo mismo al pordiosero que al potentado. Tres mozos como tres trinquetes, y tres flamencas más esbeltas que parejas de barcos veleros, charlan por los codos y se ofrecen, entre alegres risas, el apetitoso producto que ante ellos humea.

En ese lenguaje hiperbólico que hemos tenido ocasion de estudiar en las anteriores líneas, se dicen mil cosas incomprensibles para el profano; pero claras y distintas para los iniciados en la fraseología vulgar: la anciana, que parece ser guardadora de aquellas preciosidades de nuestra region, hace desaparecer de vez en cuando un buñuelo colosal y se rie con toda la boca produciendo el ruido sordo de la matraca de nuestra Giralda.

Los músicos saboyanitos cantan, tras de la cortina:

¡ Tres eran, tres,
las hijas de Elena!;
¡ tres eran, tres!...
y ninguna era buena.

Allá, en un ángulo, se ve á un personaje delgado como asta de bandera y amarillo como el pergamino.—Tiene ante su trasparente individuo una jícara de chocolate, que contempla con éxtasis, y se le van los ojos tras el último buñuelo que nada en el plato.

Es indudable que acaba de llegar del pueblo, pues así lo pregonan su levitoncillo raído, su corbata de pico de loro, su puntiagudo cuello y su mugriento sombrero, colocado al parecer sobre un palo de telégrafo.

En el grupo de flamencas, se oyen estas frases que le vienen pintiparadas.—*¡ Aquel gachó tiene hambre atrasá como los maestros de escuela!...* Y así parece en efecto; es un dómíne de pueblo que distrae un hambre de siete meses. Un hambre de gestacion incompleta.

Tales inteligencias sintéticas, suelen hallar las viandas de Lúculo y Baltasar en un buñuelo.

En último término, aparece el verdadero cuadro de costumbres de nuestra tierra: varias hijas de Triana y San Bernardo, cantan y bailan al son del crótalo y de la guitarra. La mesa ha sido separada del centro y un ancho corbo de mancebos se agrupa allí, como abejas en el romeral cubierto de flores. Una joven de cadera escultórica y piés diminutos hace pareja á un galán con patilla que parece nacido expresamente para bailar con ella. De vez en cuando trina la guitarra, suenan las palmas y repican los palillos alegremente: es que comienza *la parja* una copla de sevillanas. El cantaor ó la cantaora la *acompañan* así:

Me gusta San Bernardo
por lo torero,
el barrio de Triana
y el *matadero*.
Y también digo:
la Puerta de la Carne
y el Baratillo.

Del balcon de tus ojos
dí una caída,
no puedo levantarme
si no me miras.
Me he levantado;
señal de que tus ojos
me habrán mirado.

Fácil es comprender el efecto que producirán todas estas figuras reunidas, ya se destaquen de noche á la luz de los colosales candilones, ya se iluminen, al cabo, con los primeros rayos del sol naciente que un tiempo se reflejaron en las áureas esferas de la Giralda: imposible seria intentar un boceto á la pluma, porque sólo un pincel cargado de colores podria dar del cuadro una idea aproximada.

Ni un solo momento se conserva la misma agrupacion; el movimiento es continuo, persistente, simultáneo; unos rien, otros charlan, estos se levantan, aquellos se sientan, los de más allá se aproximan; ya se ven manos unidas, ya brazos enlazados, ya cabezas que recuerdan el cuadro de Villegas titulado *El Ultimo Beso*; ya, en fin, cuerpos que pierden la vertical y dan bajo alguna de las mesas blandamente.

Tomar plaza en estas tiendas suele ser empresa difícil. Allí no suele ocurrir lo que en aquellas tiendas de las cuales dijo Baltasar del Alcázar:

Pídolo, dánmelo, bébolo,
págolo y vóyme contento.

La primera dificultad que hay que vencer para tomar una libra de buñuelos, es la de encontrar sitio; la segunda, la de encontrar buñuelos; la tercera, la de pagarlos á su justo precio: la de *irse contentos* es dificultad menor, si se trata de los *rumbosos* hijos de Andalucía, que entran en las chozas Valentines y salen Bartolomé sin apercibirse de ello.

Verdad es que, en tiempo de Feria, no hay nada que espante y seria necesidad notoria reparar en veinte pesetas más ó menos: lo que no va en lágrimas va en suspiros y para algo hiñe la masa la buñolera.

La aromática manzanilla, el fortificador cazalla y el chocolate de los P. P. Benedictinos, suelen entrar pocas veces bajo los pabellones de las buñolerías de la Feria; pero, si entran, es preciso pagarlos á peso de oro; por eso las *juergas* son menos frecuentes en ellas, que en las *casillas* propiamente dichas.

El chocolate incoloro, el peleon y el típico *arranca-rejis*, son los líquidos que más abundan; aunque ponderados y elogiados por sus dueños de tal manera, que, algunas veces, logran hacerlos pasar por el néctar que escanciaba al padre de los dioses el hermoso garzon de Ida. Es preciso, por tanto, pagar el pato, y esto lo hacen á sabiendas el pollo, el viejo verde, el novio que aún no ha visto menguar su luna de miel y el macareno que lleva consigo á la *niña de sus ojos*.

Las vestales de la buñolería, que no venden jamás sus encantos, dan de balde las sonrisas, hasta el momento de pagar *el gasto*: un *gachó* no conseguirá una mirada de una gitana si no se deja la plata en la choza. Fuera de allí, sólo encontrará relámpagos desdeñosos bajo sus pupilas de fuego.

Para terminar este cróquis y dar una idea del afán de lucro que domina á esta raza, de la que dijo Balzac, no sé con qué fundamento, que habia heredado muchas cosas nuestras, os contaré un lance de Feria, que no deja de ser oportuno é ingenioso.

Cierto inglés, penetró en una buñolería con objeto de regalarse con los celebrados buñuelos calientes. Sirviéronselo, y, despues que hubo tomado algunos, pidió la cuenta, con la acostumbrada impasibilidad inglesa.

La gitana que le servia, deslumbrada por el brillo de los centines que relucian entre las mallas de acero de su portamoneda, díjole que los buñuelos valian *tres dorailles*; es decir, tres monedas de cinco duros, y para dar carácter á la cobranza, le presentó un papelillo con unos cuantos garabatos, que guardó el inglés en su cartera.

Pronto le advirtieron de la estafa, y el extranjero volvió desalado á la choza, en compañía de un polizonte que halló, por ventura, en el camino.

—¡Vamos, devuelva á este caballero sus monedas ó aténgase á las resultas!—dijo el ministril, encarándose con la atribulada gitana y aspirando de paso el olorillo del aceite hirviendo.

A lo que la flamenca contestó, clavando en el adusto polizonte sus grandes y expresivos ojos negros:

—¡Quituste de ahí, don naide! ¡qué he de devolvé yo ni un perro chico!... ¡Es verdá que este inglés ha dao quince *chulés* por los guñuelos, pero *sa llevao pá su tierra la reseta!*

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, marzo 1884

LAS SIETE ESTACIONES

I

El tren partió lanzando la máquina un estridente silbido. Yo iba en el tren, y el motivo de mi viaje lo referiré sencillamente.

Aquel día era Jueves Santo, el día más triste del año. Por las calles no se oía el rodar de los carruajes; los habitantes de la ciudad iban á pié, vestidos de luto, entrando y saliendo de los templos; y aquel silencio de muerte que impresionaba el oído, como aquel color negro impresionaba la vista, no eran lo más á propósito para hacerme variar de mi decision.

Estaba resuelto á permanecer en la cama y no salir de casa.

Yo era entonces bastante despreocupado en materia religiosa. Como todos los jóvenes, no iba á misa más que cuando tenia novia y mi novia me citaba para las Calatravas. Habia leído las obras de Voltaire, las novelas de Eugenio Sué y *La Vida de Jesus* por Ernesto Renan. Teníame por excomulgado; envidiaba la gloria adquirida por aquellos autores y estaba pensando en imitarles escribiendo un libro contra la institucion del matrimonio; y si este libro se vendia bien y el editor me lo pagaba mejor, me casaria con mi prima Julia, una buena muchacha que vivia en provincia.

Acerca de todas estas cosas estaba yo meditando y casi me decidia por no escribir nada y no casarme con nadie, cuando llamaron á la puerta de la escalera, y á poco de abrirse ésta, á la de mi habitacion.

—Adelante,—grité sin moverme y algo mal humorado.

Porque eran las doce, hora en que todo *Madrid* almuerza, en que los trabajadores comen, y en que yo tomaba el chocolate, pareciéndome de muy buen gusto aquel atraso en mi régimen alimenticio que me permitia disfrutar más tiempo de las dulzuras del sueño.

No era la consabida jícara puesta sobre el plato y éste sobre la mano de un brazo que á su vez pertenecia al cuerpo de la criada.

—¿Quién es?—pregunté alarmado viendo, si no las facciones, la figura de un individuo que, no acostumbrado como yo estaba á la oscuridad, andaba á tientas por mi cuarto tropezando en la silla donde dejé mi ropa, pisando las botas que estaban al pié de la silla, mientras que con las manos extendidas parecia un magnetizador de las tinieblas.

—Abre por Dios el balcon ó enciende un fósforo; ¡qué diantre! me parece que voy á romper algo,—exclamó el interpelado en cuya voz reconocí á mi amigo Gustavo.

Opté por encender un fósforo y con él la vela para lo cual no tenia que levantarme de la cama.

—Tú por aquí á estas horas,—le dije;—¿qué ocurre?

—Me parece que no son horas intempestivas,—me replicó estrechando mi mano,—son las doce.

—¡Las doce!—y tirando del cordon de la campanilla grité:—¡el chocolate!

—Perdona chico, pero lo que es hoy puedes pedir el almuerzo.

—Nunca almuerzo yo tan temprano.

—Es que vengo á buscarte y no sabes á la hora que volveremos.

—¡Caramba! ¿me necesitas imprescindiblemente?—pregunté con verdadera angustia.—Yo queria dormir un par de horas todavía.

—No es posible, levántate y ven conmigo.

—¿A dónde vamos?

—A recorrer las estaciones.

—¿Estás loco?

—Estoy en mi sano juicio. Vístete pronto.

—Opto porque las recorras tú solo. Te dejo en completa libertad.

—Imposible.

—Escucha, Gustavo, amigo mio, tengo sueño, déjame.

Gustavo sin responderme se dirigió al balcon, y con una crueldad de que nunca le hubiera creído capaz, abrió las dos puertas de madera. Un rayo de sol penetró inmediatamente hasta mi cama.

Esto era ya demasiado.

—Pero ¿qué te has propuesto, hombre inicuo?

—Que te levantes y vengas á recorrer las estaciones.

Una idea luminosa cruzó por mi cerebro.

—Capitulemos,—dije,—yo haré lo que tú quieras, pero impongo una condicion.

—¿Cuál?

—Es preciso que la aceptes sin saberla. Yo iré en cambio á donde tú vayas, puedes disponer de mí en absoluto por todo el día.

Gustavo se quedó pensativo. Despues mirándome con una sonrisa extraña, como si hubiera adivinado la estrategia de que iba á valerme, dijo:

—Aceptado.

—Iremos á recorrer las estaciones.

—Justo.

—Pero tenemos que ir en coche.

—Está bien,—terminó tranquilamente.—Iremos en coche.

Me quedé estupefacto.

Por más que Gustavo pasaba con justicia por ser un hombre extraordinario cuya vida era un misterio, cuya influencia y superioridad sobre todos sus amigos se manifestó desde el primer día, yo esperaba que mi condicion seria rechazada como un imposible.

Ir en coche en Jueves Santo estaba prohibido de orden del Excmo. señor Gobernador civil.

Así se lo manifesté á Gustavo y volviendo á sonreirse me contestó:

—Iremos en coche.

No tuve más remedio que vestirme.

Poco tiempo despues salíamos de mi casa, y sin pronunciar palabra me dejé guiar por Gustavo.

—Dónde está el coche,—pregunté viendo que andábamos demasiado.

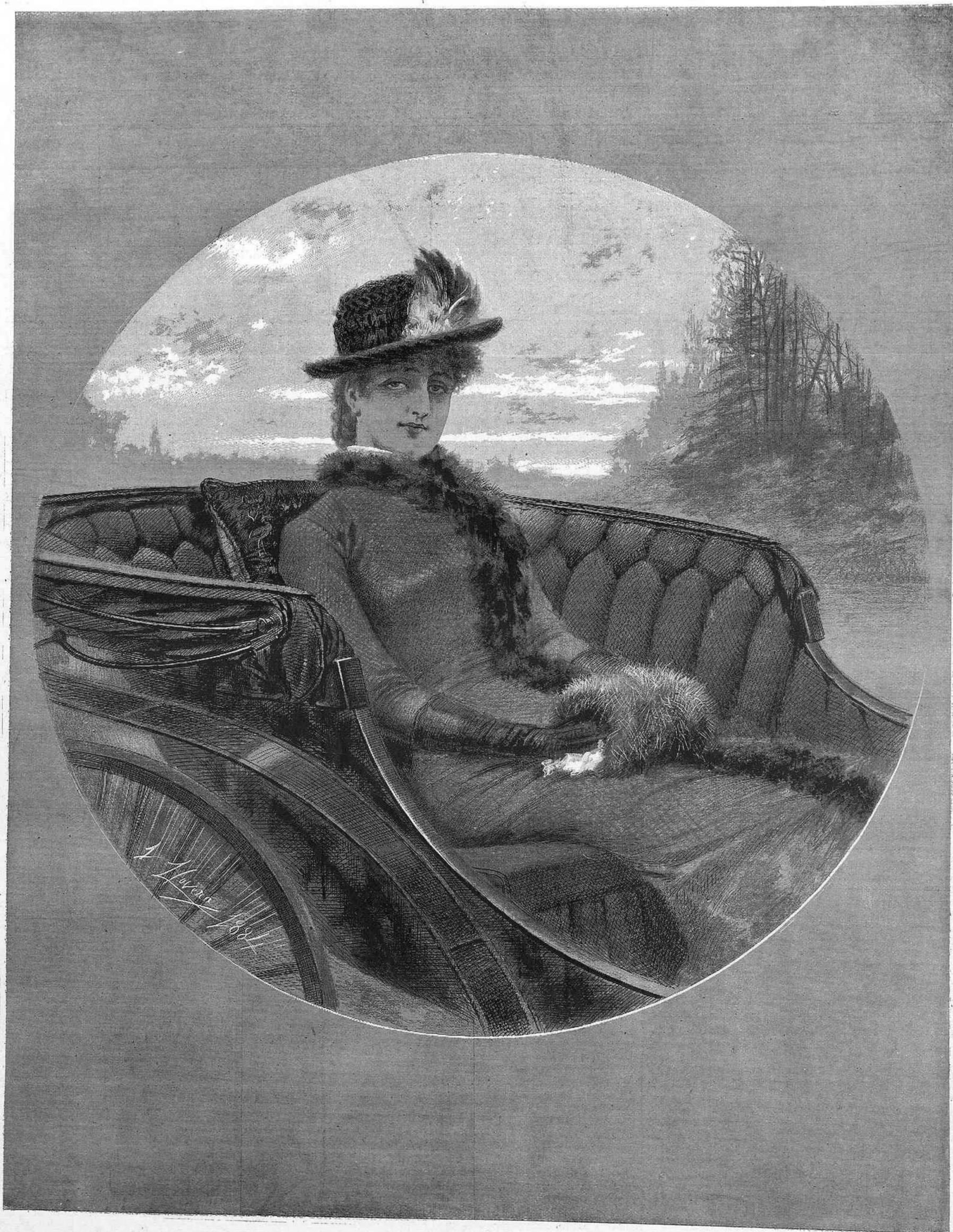
—Vamos á buscarlo.

Y tomó por la calle de Bailén, siguiendo hasta el cuartel de San Gil, bajando por el paseo de San Vicente, hasta llegar á la estacion del Norte.

—¿Estás loco?—exclamé deteniéndome.—¿Vamos á emprender un viaje?



UN MÁSCARA, dibujo por Vierge



PLENILUNIO, dibujo por Llovera

—Vamos á recorrer las estaciones,—me replicó apoderándose de mi brazo y haciéndome penetrar á viva fuerza en el salon de espera.

—Voy á tomar los billetes,—dijo en seguida.—No tengas cuidado y quedarás contento de mí.

Me parecía estar soñando. Cuando me quedé solo, miré á mi alrededor para estudiar la fisonomía de mis compañeros de viaje.

Eran seis nada más. Uno de ellos un ministro de la corona, otro un usurero que en cierta ocasion me prestó una pequeña suma y á quien por esto conocí en seguida, la vecina del principal de mi casa una mujer muy guapa, que gozaba de gran fama en el mundo galante, un individuo que en cuanto le miré se acercó á mí y con descompuesto tono me dijo:

—Oiga V., ¿tengo yo monos en la cara?

—Caballero, V. dispense.

—Es que á mí no me mira nadie que no me conozca.

—Ahora que le conozco á V. no le volveré á mirar;—terminé haciendo un profundo saludo y retirándome para evitar una cuestion inútil.

Habia otro sentado en un banco que me agradó mucho más. Era un señor grueso, colorado, rebosando salud y que parecía tener buen apetito, porque todos sus bultos de mano eran cestas de comestibles por entre cuyas tapas de mimbre salían, ora las patas de un pollo envuelto en un número de «La Correspondencia,» ora el cuello de una botella.

Y el último, era un sér alto, delgado, de color bilioso, cuyos ojos se fijaban con expresion de odio reconcentrado en el ministro de la corona.

Este se acercó á mí en seguida que me vió solo y me preguntó:

—Caballero, aquí, como V. ve, todos somos algo. ¿Usted qué es? y dispéñeme.

—¿Yo? poeta,—le respondí.

Asomé á sus labios una sonrisa malévol.

—¡Coplero!—murmuró creyendo que yo no le oía.

—Coplero, sí señor,—añadí enojado,—¿y V. no es coplero también?

—Yo soy crítico,—y me volvió la espalda.

En esto entró Gustavo dando apretones de manos á todos; llevaba un paquete de billetes de ferro-carril que repartió en seguida.

—Un reservado de primera clase,—dijo entregándoselo al ministro.

—Billete de tercera á mitad de precio,—y lo recibió el usurero.

—¿Quiere V. reservado también?—preguntó á la mundana.

—Ya sabe V. que yo voy donde van las mercancías.

—Uno de perrera, este es para V.—dijo al pendero, y añadió en tono de broma:—si necesita bozal, también lo tiene la empresa.

—Billete de segunda clase,—y lo recibió el de las cestas de provisiones:—tenga V. cuidado no se manche de grasa.

—Uno de primera clase, señor crítico.

—Yo quiero un reservado como el ministro.

—No puede ser.

—¿Y á mí qué me das?—le dije á Gustavo.

—Toma, no te quejes. Una berlina-cama.

Estuve á punto de abrazarle.

—¿Vienes conmigo?

—Gracias.

—¿Cómo! ¿me dejas solo?

—Solo en el wagon, pero no en el tren.

—¿Dónde vas tú?

—En la máquina. Soy el jefe del movimiento.

En esto se abrieron las puertas de cristales que daban acceso al anden y pasó un mozo gritando:

—Viajeros al tren.

Allí estaba el tren esperándonos; eran todos los wago- nes negros, más parecidos á prisiones que á coches de ferro-carril.

—Pero ¿qué tren es este?—pregunté despues de instalarme en mi berlina-cama, á un empleado que pasaba.

—Caballero, este es el tren del Purgatorio. Feliz viaje. Sonó la campana de la estacion, el silbato de la máquina y partimos.

II

Maldita la gana que tenía yo de dormir. La jugarreta de mi amigo me pareció del peor gusto posible. Al oír las palabras del empleado que me explicaban mi situacion, quise abrir la portezuela y arrojarle de aquel sombrío wagon á un riesgo de matarme. Pero la portezuela resistió á mis esfuerzos y además el tren lanzado á toda máquina llevaba una velocidad espantosa.

Estaba como loco, grité, me desesperé, pero nadie escuchaba mis gritos. Tomé el partido de asomarme á la ventanilla para ver el paisaje, pero el paisaje era un inmenso desierto, sin un árbol, sin una planta, un arenal interminable y el tren continuaba su marcha lanzando por la chimenea de la máquina una densa nube de humo negro que iba corriendo en direccion contraria por encima de nuestras cabezas, hasta llegar al último coche donde describiendo una violenta curva, cambiaba su direccion y dijérase que empezaba á perseguirnos. Al poco rato llevábamos detrás un ejército de vapores que el aire se encargaba de deshacer.

A la distancia de un kilómetro, vióse de pronto una cabaña que se levantaba al borde mismo de la vía. El tren empezó á disminuir su velocidad, y Gustavo pasó por el estribo. Iba recorriendo los coches y taladrando los billetes.

—¿Vamos á parar?—le pregunté.—¿Hemos llegado al término de este viaje tan desdichado?

—Llegamos á la primera estacion,—me contestó.—Es esa choza.

La máquina lanzó un silbido y el tren se detuvo.

Entonces pude leer clavado sobre la paja del techo de aquella pobre vivienda este letrero: HUMILDAD.

De la cabaña salió un pastor, á quien seguía un perro, Gustavo abrió la portezuela del reservado de primera clase y tuvo que sacar á empellones al ministro de la corona que se resistía á bajar.

—Su Excelencia se queda aquí. No tiene pagado el billete para seguir más adelante.

—Esto es una infamia, un desacato;—rugía Su Excelencia.

Pero no tuvo más remedio que bajar del wagon.

—Déle V. la mano á este señor,—dijo Gustavo.

Su Excelencia miró con desprecio al pastor y se cruzó de brazos estrechando su cartera ministerial, mientras re- lucian al sol los entorchados de oro de su magnífico uniforme.

—Y además déle V. la cartera y cambie V. su uniforme por esas pieles de oveja. El señor le reemplazará á V. en el wagon y en el ministerio.

El ministro rompió á llorar como un chiquillo cuando le quitan un dulce, pero no hubo remedio, tuvo que entrar en la choza con el pastor, y á poco rato vimos salir al pastor vestido de ministro y subir al reservado de primera clase, mientras que el ministro con el traje de pastor y el perro que se echó humildemente á sus piés, quedábanse á la puerta de la cabaña.

El tren continuó su marcha hasta la estacion siguiente.

Era esta un magnífico palacio para cuya construccion debia haberse gastado el oro á manos llenas. Dentro de él oíanse alegres músicas, resonaban francas carcajadas y una multitud de camareros cruzaban por los salones llevando suculentos manjares. En el salon principal se celebraba un gran festin y por los balcones que estaban abiertos, veíase al anfitrión que brindaba á la salud de sus comensales y á cada momento metía la mano en una caja de valores sacando puñados de monedas de oro que arrojaba y recogian aquellos parásitos.

En letras formadas con piedras preciosas, estaba el nombre de la estacion. ¡LARGUEZA!

Allí bajó mi conocido el usurero, teniendo Gustavo que pedir auxilio á cuatro robustos mozos que á duras penas pudieron arrancarle de su departamento de tercera á mitad de precio. Pero cuando llegaba á la puerta se volvió hácia mí gritando:

—¡Acuérdese de que me debe todavía los intereses!

—Yo se los cobraré citándole á juicio,—le contestó el pródigo que se cruzaba con él saliendo del palacio para subir al departamento desocupado.

Seguimos el viaje y llegamos á un edificio de grandes dimensiones, lleno de rejias y celosías; levantábase á su lado una iglesia, y en la cúpula una cruz. Era un convento, á cuya entrada se leía CASTIDAD.

De allí no salió nadie, pero allí entró mi vecina del primer piso, y entró llorando, recibiendo la con una absolucion y un abrazo paternal un sacerdote.

Volví á sonar el silbato, volvimos á emprender la marcha y con la misma velocidad en poco tiempo recorrimos el trayecto que nos separaba de la cuarta estacion.

Era un grupo de árboles, los únicos que hasta entonces habíamos visto, y bajo los árboles ví una tribu de salvajes que gesticulaban y saltaban alrededor de un hombre que tenía la mirada fija en el cielo, mientras sus labios se movian elevando á Dios sus oraciones. Llevaba el traje de los misioneros, abofeteábanle y escupíanle el rostro, clavaban en sus carnes flechas y las mujeres le pellizcaban y mordian cruelmente. El misionero llevaba en sus manos una cruz y en la cruz se leía este lema: PACIENCIA.

Abrióse la perrera y con las debidas precauciones hicieron salir al que habia trabado conmigo en la estacion de Madrid una pendencia. Los salvajes se lanzaron sobre su nueva víctima, y yo viendo que el misionero desfallecia, grité á Gustavo:

—¡Qué demonio! Trae aquí á ese santo varon. Esta es una berlina-cama donde irá mejor, puesto que está herido y en cuanto á mí me dedicaré á cuidarle. Porque así como así no tengo ya ganas de dormir.

Hízose como yo deseaba y continuó nuestro viaje.

Esta vez se detuvo el tren sin que yo viera árboles, casas ni chozas que indicaran el sitio de la estacion. Temí algun accidente y me asomé á la ventanilla.

—No te asustes,—me dijo Gustavo,—no pasa nada, es que tiene que bajar otro viajero.

Y me mostró la entrada de una gruta que yo no habia descubierto hasta entonces.

—¿Qué estacion es esta?

—La TEMPLANZA,—me respondió saliendo de la gruta un anacoreta que iba á llenar de agua en un manantial próximo una vasija de barro. Mientras se llenaba, el solitario recogia algunas raíces que eran su comida.

—Baje V., caballero,—exclamó Gustavo abriendo la portezuela del wagon de segunda clase en que iba el hombre de las cestas de comestibles.

Este no pudo oponer resistencia á nada ni decir una palabra. Llevaba un pollo asado en la mano derecha, una botella destapada en la izquierda y en aquel momento tenía la boca llena.

El anacoreta subió al wagon que se desocupaba y dejá- mos al gloton en aquel desierto.

Yo tenía grande impaciencia por conocer la estacion en que iban á dejar al señor crítico.

—Vamos á ver,—pensaba para mis adentros,—cual es el mayor tormento de un envidioso. Contra envidia caridad, dice la doctrina cristiana, pero valiente cosa y valiente castigo para que se enmiende la señora crítica. La envidia lleva el tormento en sí misma. Allá veremos.

Y despues de curar las heridas al misionero, me asomé á la ventanilla en cuanto el tren se detuvo.

No se engañaban mis ojos. Allí estaba delante de mí, nada menos que el Parnaso, Apolo con las nueve musas, y á su alrededor, vivos como el dios del paganismo, todos los personajes que están retratados en el telon del teatro de la Comedia.

Admiré entonces la sabiduría de la Providencia. Para un crítico el mayor martirio es meterlo de patitas en el Parnaso.

Nuestro hombre lloró, gesticuló, pateó, se le rompieron los lentes, pero no hubo más remedio. Gustavo le agarró por una oreja y le obligó á bajar. Entonces al ver á las nueve musas se contuvo y dirigiéndose á ellas, empezó á enamorarlas, pero las musas le volvieron la espalda.

—¡En marcha!—gritó el jefe del movimiento.—Y mirándome con una expresion singular me dijo:—Ahora te toca á tí.

—¿A mí? ¿Pues cómo es eso? ¿Qué defecto tengo yo? Y agarrándome á la portezuela empecé á gritar:

—¡Gustavo! ¡Gustavo!

El misionero al ver mi desesperacion procuraba tranquilizarme. Pero aquello era superior á mis fuerzas. Era una traicion indigna. Yo creía ser un mero espectador de los incidentes del viaje.

—Usted es un viajero como los demás,—me replicó el sacerdote,—un viajero de la vida.

—Sí, señor, pero yo tengo billete de ida y vuelta. Gustavo me ha engañado.

—Gustavo es un buen amigo de V. y V. tiene el mismo billete que tienen todos.

—Le digo á V. que de ida y vuelta, haré mi reclamacion á la compañía.

—No se habrá fijado V. en que consta en el billete la fecha de la vuelta. Hasta que V. se corrija de su defecto.

En esta controversia el tren se detuvo. Abrióse la portezuela de mi berlina-cama y apareció Gustavo.

—Baja,—me dijo con un tono tan imperioso que sentí miedo.

—Gustavo ¡por Dios! dime al menos qué clase de tormento me reservas; acuérdate de que soy amigo tuyo.

—No te apures,—me contestó,—en un principio pensé corregir tu vicio condenándote á dar vueltas como los perros á la rueda de un asador.

—¡Cruel!

—Pero tu buen comportamiento cediendo la cama, que es lo que tú más aprecias en el mundo, al pobre misionero herido, me hizo poner un telégrama desde PACIENCIA dando las órdenes convenientes para modificar tu destino.

—¿Y ya no asaré carne?

—No; baja conmigo y te convencerás de que he buscado para tí los medios de atenuar el rigor del castigo.

Obedecí porque no habia otro remedio.

La estacion era una casa de moderna construccion. Sobre los balcones del piso principal habia una muestra en que se leía: LA DILIGENCIA, diario político y de noticias.

—Pero esto es un periódico. Esto me conviene. Publicaré mis versos. Si todos los castigos fueran por el estilo...

—Te equivocas. Tus versos no sirven de nada en mi periódico. No publico poesías. Tu defecto, tu pecado capital es LA PEREZA. Aquí tienes el correctivo.

—¿Qué tengo que hacer?—le pregunté asustado.

—Serás noticiero. Tendrás diez duros al mes, y una gratificacion para botas.

—¡Horror!

Pero ya mi amigo sin hacerme caso, dejó en mis manos unas cuartillas y un lápiz y subiendo al lado del maquinista gritó:

—A Madrid con las virtudes recogidas que hacen allí mucha falta. ¡A toda máquina!

—Trabajo inútil, caballero,—dijo una voz á mi lado.—Todos los años hace lo mismo. Saca de allí los vicios que sobran y se vuelve con las virtudes que faltan. Pero al poco tiempo de estar en Madrid las virtudes se han convertido en pecados capitales y vuelta á emprender el viaje.

Me volví para conocer al que me hablaba.

Era un cajista de LA DILIGENCIA.

—¡Oh! ¿cómo me vengaré yo de ese hombre?—dije cer- rando los puños al ver el tren que partía.

—Harto sufre ya,—continuó el operario,—compadéz- calo V.

—¿A quién? ¿á Gustavo?

—Ese señor no se llama Gustavo, Gustavo es un nombre supuesto. El que usa en Madrid. Pero su verdadero nombre es otro. ¿Ha leído V. el *Infierno*? Pues bien, allí está retratado. Gustavo es *Sisifo*.

EDUARDO LOPEZ BAGO

EL CORAZON DE FORMOSEDA

POR DON JOSÉ ORTEGA Y MUNILLA

(Continuacion)

Habian salido en su coche, tirado por un bravo tronco de mulas á las afueras de la poblacion, esperando ver de un momento á otro aparecer envuelto en nubes de polvo el caballo del señorito de la Formoseda galopando con direccion á los patrios lares.

Era á la caída de la tarde; una de esas horas que pre-



EL CORAZON DE UN REY, grupo escultórico por Ximenes

ceden al crepúsculo, y que ya están impregnadas de la suprema melancolía y de la tristeza poética que engendra en las cosas la ausencia del sol.

La campiña alcalaina verdegueaba bajo aquella tibia luz y una extraordinaria calma parecía reinar en los cielos y en la tierra. El silencio batía sus alas sobre aquel paisaje, y en toda la infinita extension que desde la carretera se descubría la vida humana hallábase representada no más que por el sonido de un cántico lejano, y la actividad de hombres y brutos por el movimiento acompasado y cadencioso de tres yuntas que en lo más lejano arañaban la tierra con la punta de sus rejas. El campo parecía matizado de un mismo color, el verde profundo de los trigos ya hechos, y de las cebadas en flor. No había esa infinita variedad de matices que constituye el principal encanto de los países húmedos donde crecen el hékcho y el lentisco, sino una uniformidad de tonos desesperante para el que fuese allá á buscar los atractivos de un paisaje lleno de contrastes; y que, sin embargo, poseía toda la belleza de la antigua poesía clásica que se fundaba más bien que en los contrastes, en el oculto idealismo encerrado por las formas.

Dieron las cinco en los relojes que honran los edificios de la ciudad de Alcalá, y de una y otra parte empezaron á asomar las gentes que se echaban fuera de sus viviendas para esparcir el ánimo; de aquí para allá veíanse grupos de militares que marchaban haciendo sonar las espuelas en sus botas; comparsas de clérigos que paseaban despacito, deteniéndose cada veinte pasos á mirar el terreno que habían andado: coros de muchachas con pañuelos de seda á la cabeza, y autorizadas por la cofia blanca ó gris de una anciana; saltones enjambres de niños que se perseguían corriendo por las verdes llanuras de una á otra parte.

El ántes silencioso y solitario campo se llenaba de gente.

Don Claudio Bartolomé de la Formoseda se había apeado del coche y apoyado en su robusto junco contemplaba el límite de la carretera hácia el horizonte invisible,

y su señora dentro del carruaje movía muy rápidamente un abanico y asomaba de vez en cuando su blanca cabeza por la ventanilla, escudriñando toda la carretera.

Por fin D. Claudio levantó la vista en dirección á la derecha, y dijo:

—Ya le tenemos aquí.

En efecto, había distinguido una nubecilla de polvo en el camino; y bien pronto de entre ella se destacaron las formas oscuras de un jinete que venía al troté. Era el señorito de la Formoseda. En efecto, venía cubierto de polvo, rigiendo con desenfado y abandono un caballo negro de gran alzada y gallarda postura. Echó pié á tierra, saludó á sus padres con abrazos, y luego dijo, mostrando sus palabras un profundo disgusto:

—¿Pero qué sucede? ¿Qué motiva esta llamada tan imprevista? ¿Por qué me han llamado Vds.? He pasado muchas horas de angustia creyendo que estarian Vds. malos. Por fortuna los veo á Vds. No me explico qué es lo que sucede.

Don Claudio le puso la mano cariñosamente en el hombro, y contemplando embobado la hermosa figura de D. Ricardo, le dijo:

—Eso ahora lo sabrás. Vamos á casa.

Un zagal se apoderó del ramal de la cabalgadura de D. Ricardo, y éste entró en el coche con sus padres dirigiéndose á la casa solariega de los señores de la Formoseda.

V

Al día siguiente

Al día siguiente el señor de Formoseda llevó á su hijo á la iglesia de San Diego, y allí á empujones cariñosos le llevó á la capilla que vulgarmente se llama de los sepulcros, y le dijo:

—¿Ves ese cuadro que hay en ese frontis?

—Véolo,—dijo el señorito de la Formoseda,—y cien veces lo he visto. Pero ¿á qué viene el que V. me lo enseñe?

—¿Sabes lo que representa?

(Continuará)

LOS VIEJOS

III Y ÚLTIMO

Al concluir el artículo anterior emplazábamos para éste á las «*amotinadas viejas*» de 200 meses, con el fin de demostrarles que los viejos han manejado gloriosísimamente el talisman maravilloso poseedor del secreto de conmovier el corazón, haciendo temblar la boca con las convulsiones de la risa, ó acudir á los ojos las lágrimas de los más puros sentimientos.

* *

¿Quién como Cervantes? Pues el Manco inmortal había ya cumplido 58 años cuando publicó la primera parte del Quijote, y 68 cuando la segunda. Y ¿ha habido autor alguno que sepa hacer reír como aquel viejo inmortal?

* *

A escape hemos de citar sólo algunos nombres para probar que la imaginacion creadora de la novela, se alza más y más alto todavía mientras más años cuenta; como si las fuerzas de la inventiva fuesen proporcionales á la edad. Lo mejor de Dumas y de Balzac no es lo primero que salió de sus plumas. Víctor Hugo escribió á los 57 años «*Los Miserables*,» y á los 70 «*Los anales de un año terrible*,» octogenario ya, ha publicado el «*Torquemada*,» y 300 cuentos. De 57 dió al público Swift «*Los viajes de Gulliver*,» De 58 Defoe el «*Robinson*,» De 48 Dickens «*El cuento de las dos Ciudades*,» y de 52 «*Nuestro mutuo amigo*,» De 56 Longfellow «*Los Cuentos de una posada*,»

Ya muy en el otoño de la vida (y no puntualizaremos los años por tratarse de damas) publicaron George Elliot (Mariana Evans), Fernan Caballero (Cecilia Bowl) y Ossiana (Catalina Mac-pherson) las mejores de sus preciosas novelas. Y, aunque de otro género, no se olviden las obras de Santa Teresa, correspondientes á los últimos años de su vida.

Es tal la abundancia de citas que en materia de letras y de artes acude al recuerdo, que la dificultad del elegir es lo que entorpece el volar de la pluma, para probar que las más admirables creaciones del genio han venido al mundo después de haber cumplido sus autores la edad de 45 años, límite infundado de la potencia imaginativa.

Lope de Vega murió de 63, después de producir, según dicen, 1800 comedias y 400 autos sacramentales. Créese que pasaba de los 55 Tirso de Molina, cuando escribió «Desde Madrid á Toledo», una de las mejores de sus 300 comedias. Calderon compuso la mayor parte de sus 500 obras dramáticas desde los 51 á los 80 años.

Y ya en la época moderna ¿cabe no citar á Breton y al Duque de Rivas en el número de los viejos fecundísimos?

Lo mejor de Shakespeare, siendo todo portentoso, son sus últimas creaciones, posteriores á los 45 años. Lo mismo hay que decir de Molière. Ambos murieron quincuagenarios; y sus fuerzas inventoras eran aún inmensas, cuando cedía en ellos la vital. De 50 años produjo Racine su «Esther» y de 52 su «Atalia».

No es posible que las 54 comedias de Aristófanes fueran, todas, obras de su juventud, puesto que consta haber estado 39 años ocupado en ellas.

A Homero (sea de este personaje lo que la crítica quiera) nos lo representa la tradición mendigando, viejo y ciego, su pan de puerta en puerta.

Dante debió escribir mucho de su «Divina Comedia» cerca de los 50 años. Milton, sin duda, tenía más de 54 cuando empezó el «Paraíso perdido». Goethe casi nada notable hizo hasta después de los 45: á los 48, «Hermann y Dorothea»; á los 56 «Fausto»; á los 59, «Afinidades»; á los 82 «Helena» (2.ª parte del Fausto). Lafontaine dió á luz de 73 años los 3 últimos libros de sus fábulas; y de 54 á 71 Béranger sus canciones y su autobiografía.

* *

Pues, si de los poetas pasamos á los oradores, á los historiadores, á los críticos, á los jurisconsultos... acuden á la memoria los nombres de Ciceron, gran parte de cuyos tratados son de los 58 á los 62 años de su edad; Hallam, cuyo «Exámen de la literatura europea» es de los 52 á los 61; Lista, que, septenario, escribió sus críticas; Littré, que empezó, quincuagenario ya, su Diccionario inmenso; el P. Mariana que murió casi nonagenario; Chateaubriand, que á los 63 publicó sus «Études»; Lamartine que á los 57 dió á luz «Los Girondinos»; Luis Blanc, que á la misma edad mandó á la prensa la «Historia de la Revolución del 48»; Grote, que, entre los 52 y los 62, escribió su «Historia de Grecia»; Carlyle, que á los 59 publicó los dos últimos tomos de «Frederik the Great»; Prescott, que á los 51 imprimió la «Historia del Perú», y tantos, tantos otros como merecen siquiera mencion, Macaulay, Gibbon, Michelet, el P. Isla, Mesonero Romanos, Fermin Caballero, Patricio Escosura, Duran... y cien nombres más y más, ¡todos ilustres!

* *

¿Y pintores? Tiziano, el artista siempre joven, aunque murió centenario; Lucas Jordan, septuagenario; Murillo, que pintó el San Antonio de la catedral de Sevilla en los



EN EL COSTURERO

últimos años de su vida...; Riard, decano de los pintores franceses, que acaba de morir octogenario; septenario, Simonis, el famoso escultor; Auber, el músico, de 80; Suppé...

* *

Ibamos aún á citar los «Idilios» de Tennyson; los «Cantos en muchas claves» de Holmes; los «Poemas» de D. José Joaquín de Mora, el enemigo de los asonantes; el «Tratado sobre la naturaleza humana» de Hobbes; á D'Alembert, el esclavo de la libertad más aún que matemático; á Alcuino, tenido por el más sabio de su tiempo; á los octogenarios Johnson y Aldrovando; á Albuquerque el famoso héroe portugués del Malabar; á Belisario, el General que con menos medios ha hecho más; al viajero Bonpland, octogenario...; pero alguna vez hemos de dar punto á la enumeración de LOS VIEJOS INMORTALES; y aquí nos separamos de tan buena compañía.

* *

Muchas veces, años enteros quizá, hemos estado pensando continuamente en escribir un libro con ese título glorioso: «LOS VIEJOS INMORTALES»; y esa es la razón porque tantos nombres de oro se encuentran archivados en los registros de nuestra memoria.

No; no han sido buscados ahora expresamente para impugnar la infundada teoría del paralelismo entre la decadencia física y la intelectual; antes bien y muy al contrario, por habernos llamado constantemente la atención el hecho de que con los años crecen el talento y la imaginación, hasta convertirse en genio; por eso, nos extrañó desde un principio la reciente insistencia en sostener, contra toda evidencia en nuestra opinión, la malaventurada teoría de un paralelismo que no existe.

Si como disminuyen, sin excepción, la gracia, la esbeltez y el vigor muscular con el transcurso de los años, decrecieran también y SIN EXCEPCION las potencias intelectuales... ¡oh! entonces no existirían ni la *Iliada*, ni el *Paraíso perdido*, ni el *Quijote*, ni el *Fausto*, ni... pero ¿á qué citar?

* *

Y hay otra prueba contraria al paralelismo del desarrollo psíquico y del corpóreo. Prueba evidente LA PRECOCIDAD.

* *

No entraremos en pormenores; porque en un artículo consagrado á los «VIEJOS» no cuadraría bien, en modo alguno, el hacer la apoteosis de la juventud.

Pero alguna indicación hemos de hacer.

* *

No es siempre cierto el repetido dicho de

Carlyle de que «mientras más rica es una inteligencia, más lento es su desarrollo.»

Gran número de los que llegaron á ser VIEJOS INMORTALES, empezaron llamando la atención por su precocidad. Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Galileo, Leibnitz, Newton, Franklin, Humboldt, Dante, Lope de Vega, Calderon, Víctor Hugo... y varios más de los citados.

Y, si todavía parecieran pocos, citemos entre las precocidades portentosas á Pascal, que á los 12 años y sin auxilio de libro ninguno encontró las 32 primeras proposiciones de Euclides; á Mozart, que á los 8 años tocó el órgano en Versalles, rival ya de los más grandes maestros; á Rafael, genio ya á los 17; á Byron, Bellini, Fortuny, Espronceda, Larra; á Alejandro Magno; á Napoleon primero, á Pitt,.... y miles y miles de artistas é inventores que bajaron al sepulcro antes de la edad viril; ó que, aun habiendo muerto de edad provecia ejecutaron de jóvenes, ó poco más, sus obras más celebradas. Santo Tomás y Balmes, murieron antes de ser quincuagenarios. Lo mejor de García Gutierrez y de Hartzenbusch son sus primeras producciones. El Gran invento de Watt fué de casi niño.

* *

No: no existe el paralelismo supuesto.

En algunos casos podrán coexistir el crecimiento de las facultades físicas con la perfección de las intelectuales; pero en los más, cuando el cuerpo empieza á declinar, todavía sigue aumentando el vigor psíquico; y en muchos, la precocidad ha sido una alborada luminosísima del genio.

* *

Algun ejemplo podrá aducirse de chochez. Verdad. ¿Y qué? ¿Quién puede negar que Hartzenbusch perdió la lucidez de sus facultades en los dos últimos años de su vida? ¿Ha dicho alguién que los hombres de talento conservan siempre la integridad de sus potencias? ¿No ha habido enfermos de enfermedad mortal que todavía han ejecutado obras maestras? Tomás Hood, en el lecho de que no volvió más á levantarse, compuso «El Puente de los Suspiros».

* *

No: no existe tal paralelismo. El desarrollo cerebral no corre parejas con el de los demás órganos. Platon era tan vigoroso luchador, que pudo presentarse á disputar los premios píticos é ístmicos; pero ¿podría deducirse de aquí que todos los filósofos tienen fuerzas musculares de jayán?

Dícese que el genio muere sin descendencia; lo cual es cierto, puesto que los grandes hombres no tienen hijos como ellos; pero, porque Aristarco, el crítico, tuviese dos hijos idiotas, ¿puede deducirse que el talento no engendre nunca más que tontos?

De los hechos aislados no puede deducirse más que la realidad de su existencia, pero de la repetición de los casos se deducen siempre leyes.

* *

La aparición, pues, y el desarrollo de las potencias intelectuales, así como su fortuita decadencia, no siguen, en general, paso á paso el desarrollo y la decadencia de las facultades físicas del hombre.

E. BENOT



CONVERSACION INTIMA, cuadro por F. Garbina

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON